CALLEJA PUERTA, M. *El conde Suero Vermúdez, su parentela y su entorno social. La aristocracia leonesa en los siglos XI y XII.* Oviedo: KRKediciones, 2001. ISBN 84-95401-68.

Esta obra, fruto de la premiada tesis doctoral del autor, dirigida por el Profesor Juan Ignacio Ruiz de la Peña, Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Oviedo, profundiza en el tema de la aristocracia leonesa altomedieval, ofreciéndonos una renovada visión fruto de sus incansables investigaciones que continúan en la actualidad.

Realiza este interesante trabajo tomando como referente de estudio el caso concreto y, al entender del autor paradigmático, del conde Suero Vermúdez, y del desarrollo de conceptos y realidades tan relevantes para este período histórico como son el de parentesco o el de la conformación del patrimonio y su importancia dentro de la configuración de la sociedad en el período y territorio ya indicado en el mismo título.

La obra se divide internamente en cuatro grandes partes y una conclusión, igualando así los cuatro grandes bloques temáticos que la constituyen. Inicia su análisis investigando las estructuras de conformación interna del parentesco dentro de los distintos linajes y las implicaciones y relaciones entre ellos; derivando necesariamente en el segundo gran aspecto a investigar: las bases económicas de la nobleza altomedieval, sobre todo aquellas cuestiones relativas a la conformación y trasmisión de los patrimonios nobiliarios (ante todo fundiarios) y a los instrumentos que facilitan su formación (concesiones reales, matrimonios, compras, etc).

Después de analizar profundamente este apartado dedicado al pilar económico que sustenta a la aristocracia, se introduce en un nuevo eje de su columna vertebral en esta época y territorio, las relaciones, no siempre claras, entre la nobleza laica y eclesiástica, caracterizadas por la no exis-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

tencia todavía de una barrera definida entre ellas, sobre todo a nivel patrimonial. Un aspecto que subraya el autor es la importante presencia de los linajes nobiliarios en el control de los patrimonios eclesiásticos a través, fundamentalmente, de las fundaciones monacales (no olvidemos que el conde Suero Vermúdez y su esposa Enderquina Gutiérrez son los fundadores del monasterio de San Salvador de Cornellana - Asturias) y el posterior patronazgo establecido sobre estas entidades (por ejemplo, el hecho de que el conde fuera, en virtud de sus vínculos familiares, co-patrón del monasterio de San Salvador de Vilanova de Lourenzá – Lugo).

Pero todo lo anterior no podría llevarse a cabo sin el aspecto político-público que va a intentar arrogarse esta nobleza en sus relaciones con la monarquía (elemento indispensable en el desarrollo de estos linajes nobiliarios altomedievales), realizando una más que correcta radiografía a este intento por convertirse en verdaderos centros de decisión local dentro de las estructuras de poder del reino de León.

En definitiva, esta obra supone un nuevo punto de luz en el estudio, no ya del conde Suero Vermúdez y de su poderosa familia, sino de un período, los siglos XI y XII, y un territorio, el reino leonés, todavía no suficientemente bien conocidos.

Carlos Andrés González Paz

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

JOSÉ C. BERMEJO BARRERA, *Pensa-la Historia*, Ir Indo Edicións, Vigo, 2000.

José Carlos Bermejo Barrera es un historiador un tanto peculiar. Siendo como es catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Santiago de Compostela, resulta que, *rara avis*, ha mostrado además desde sus inicios como investigador y como docente un extraño interés hacia la teoría de la historia. Motivo más que suficiente, al parecer, para que se le sitúe en los márgenes de una profesión y de una corporación especialmente alérgica a este tipo de preocupaciones, y de ahí que el desconocimiento de la obra de Bermejo entre sus colegas de profesión sea prácticamente absoluto, aunque existan algunas excepciones[1]. Teniendo en cuenta la calidad, la profundidad y el carácter radicalmente novedoso de sus trabajos teóricos, más sorprendente que este desconocimiento resulta el tremendo desinterés con el que son acogidas en el mundo académico de los historiadores profesionales cada una de las obras de este historiador que, pese a todo, sigue su senda con admirable destreza, rigor, coherencia y dedicación.

[1] En España, José C. Bermejo es bastante conocido y seguido en las universidades de Madrid, Cádiz, Murcia o Valladolid. En esta última universidad, se ha llegado a hablar de la aparición de una «subcomunidad académica emergente» cuyo *guru* sería precisamente este profesor. En el ámbito anglosajón la obra de Bermejo ha tenido cierta acogida. La revista *History and Theory*, por poner un ejemplo de repercursión de la obra de Bermejo allende nuestras fronteras, ha publicado hasta la fecha dos artículos suyos, «Explicating the Past: In Praise of History», *History and Theory* 32 (febrero, 1993), pp. 14-24; y más recientemente, «Making History, Talking about History», *History and Theory* 40 (mayo, 2001), pp. 190-205, así como una reseña: «José Carlos Bermejo Barrera, *Entre Historia y Filosofía* and Javier Muguerza, *Desde la perplejidad*» (Jorge García-Gómez, mayo de 1998), única recensión publicada por esta revista de libros escritos en castellano al día de hoy.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

Desde 1982, fecha de publicación de su primer libro sobre teoría de la historia, hasta hoy, Bermejo ha ido concibiendo, elaborando y depurando su «historia teórica»[2] en una serie de ensayos que constituyen, desde mi particular punto de vista, uno de los más hermosos recorridos intelectuales que se hayan realizado nunca en nuestro país. Y sin lugar a dudas, considero su *Fundamentación lógica de la Historia* como una obra de referencia imprescindible en la historia de la historiografía española.

Es difícil etiquetar a Bermejo. Hay quien prefiere llamarle –no sin cierta sorna– «filósofo de la historia». Recientemente fue publicada una reseña en la que se referían a él llamándole «ilustrado postmoderno». Más ilustrado que postmoderno, en cualquier caso. «Teórico de la historia», o «historiador crítico» quizás sean, de ser necesario hacerlo, las maneras más adecuadas de encerrar a este historiador en la cárcel de las definiciones cortas y contundentes. En todo caso, Bermejo se sitúa siempre, y de buen grado, en un terreno de fronteras poco nítidas que académicamente abarca a esos dos grandes saberes que son la historia y la filosofía, osadía que le ha costado injustificables desprecios y absurdos menosprecios.

Bermejo estructura su *Pensa-la historia. Ensaios de historia teórica* en quince ensayos agrupados en cuatro partes independientes, correspondientes teóricamente a otros tantos bloques temáticos[3]. Sin embargo, no

[2] Los principales títulos en los que José C. Bermejo desarrolla su teoría de la historia son: *Psicoanálise do coñecemento histórico*, Sada, Edicións do Castro, 1982 (versión en castellano: Madrid, Akal, 1983); *O Final da Historia: ensaio de historia teórica*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1986 (versión en castellano: Madrid, Akal, 1987); *Replanteamiento de la Historia: ensayos de historia teórica II*, Madrid, Akal, 1989; *Fundamentación lógica de la Historia: introducción a la historia teórica*, Madrid, Akal, 1991; *Entre Historia y Filosofía*, Madrid, Akal, 1994; *Genealogía de la Historia: ensayos de historia teórica III* (en colaboración con Pedro A. Piedras Monroy), Madrid, Akal, 1999. Bermejo ha realizado una síntesis de su teoría de la historia en un artículo titulado «¿Qué es la Historia Teórica», publicado en la revista *Memoria y civilización*, 3, 2000, pp. 209-235. Por otro lado, Pedro A. Piedras Monroy es autor de una tesis de licenciatura titulada *El discurso histórico y el final de la historia. Los análisis historiográficos y las propuestas teóricas de José Carlos Bermejo Barrera*, leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid en septiembre de 1996 (inédita).

[3] Los quince ensayos están distribuidos del siguiente modo: *Primera parte*: 1.- «Historia universal: crise dunha idea» (pp. 23-58); 2.- «A historia, a memoria e o esquecemento» (pp. 59-90); 3.- «O historiador, o silencio e o problema do mal: a historiografía como teodicea» (pp. 91-105). *Segunda parte*: 4.- «Narrar, explicar, pensar» (pp. 109-126); 5.- «Historia e teoría» (pp. 127-146); 6.- «¿Onde se atopa a realidad histórica?» (pp. 147-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

nos aclara en ningún momento el porqué de esta división. Los distintos bloques no aparecen ni siquiera encabezados por un título que pudiese darnos una clave, de modo que será el propio lector quien en el transcurso de la lectura tenga que buscar su justificación argumental. En realidad, las tres primeras partes tratan temas bastante próximos. Bermejo analiza allí una serie de problemas y reflexiona en torno a las relaciones entre historia, memoria y olvido; el tratamiento del mal, el silencio y su justificación; la «historia teórica» como alternativa al cognitivismo y el narrativismo; la dimensión crítica de la historia; las relaciones entre historia y teoría; la trascendental cuestión de la «realidad histórica»; la reivindicación de los derechos humanos y de los valores éticos ideales; el papel y la utilidad de la Historia en la actualidad y en el futuro, etc. etc. Temas que van y vienen, se enlazan y se deslizan a lo largo y ancho de los doce primeros ensayos del libro. La última parte, referida fundamentalmente a la revisión de los principales mitos fundadores de la identidad gallega, presenta sin embargo una acusada autonomía respecto al resto del libro.

Bermejo elige los verbos «explicar» y «narrar» para describir con dos palabras el dilema que en la actualidad se presenta en la teoría de la historia, ya que en su opinión estos verbos pueden simbolizar el contraste entre el punto de vista cognitivista, hasta ahora dominante, con el enfoque narrativista, que se implantaría progresivamente a partir de 1973, fecha en la que Hayden White publica su famosa *Metahistory*[4]. En efecto, frente a la tradición cognitivista que destacaba el papel de la observación en la elaboración del discurso histórico, al insistir en los hechos y en la co-

164); 7.- «A historia como sistema de comunicación» (pp. 165-184); 8.- «A historia como configuración do poder» (pp. 185-205); 9.- «A vinganza de San Anselmo: os historiadores e o argumento ontolóxico» (pp. 207-226). *Tercera parte*: 10.- «A construcción da realidade histórica: sobre o método da historiografía» (pp. 229-249); 11.- «As tramas da verdade: consideracións sobre o ensino da historia» (pp. 251-269); 12.- «Por qué, malia todo, cómpre ensinar historia» (pp. 271-284). *Cuarta parte*: 13.- «Os antepasados imaxinarios na historiografía galega» (pp. 287-299); 14.- «Historia e metafísica: coñecemento histórico e identidade cultural na Gallaecia da Antigüidade» (pp. 301-311); y 15.- «Galicia e os gregos» (pp. 313-345).

[4] Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, John Hopkins UP, 1973 (versión en castellano: México, Fondo de Cultura Económica, 1992).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

rroboración de los mismos partiendo del estudio de los documentos, la corriente narrativista privilegia la organización de los hechos y la expresión de los mismos, que sería a su vez su explicación. El cognitivismo, como la filosofía moderna, pretendía poder enunciar la realidad, y el narrativismo, al denunciarlo, ponía de manifiesto cómo esa realidad enunciada no era más que un efecto retórico, el «efecto de lo real», y cómo era posible construir realidades alternativas. Dichas realidades son básicamente *macrorrelatos* en los que lo que se busca es un determinado sentido, es decir, una concepción del mundo concreta que permita hacer inteligible el orden social y justificar de paso la conducta de los individuos. De este modo, «*o narrativismo amplía o horizonte da historia ó historizar radicalmente a realidade histórica e a propia actividade historiográfica, que o cognitivismo concebía en termos absolutos*»[5].

Sin embargo, Bermejo intenta convencernos de que hay una salida posible de las cárceles del cognitivismo y del narrativismo. Se trata de un método, la historia teórica, cuya función sería básicamente «*pensar a historia*»[6]. Bermejo propone mantener abierto un espacio en el que sea posible la construcción de un *corpus* de saberes, poniendo fin al hermetismo que en la actualidad mantienen entre sí los campos de la filosofía, la historia y las ciencias sociales. Este espacio abierto supondría, a su juicio, un enriquecimiento, ya que en estos saberes la existencia de unas fronteras fluidas y el constante proceso de constitución y aniquilación de los objetos dejaría expedita la posibilidad de «*pensar*», algo que el desarrollo del conocimiento tiende a anular, en tanto que implica una normalización de los métodos y una reificación de los objetos. Pensar la historia significaría, por tanto, considerar abierto el proceso de construcción de sus objetos, buscar sistemáticamente nuevos métodos y mantenerla en comunicación constante con el resto de las ciencias sociales y de las ciencias humanas. Significa, consecuentemente, situarse en contra de su propio proceso de institucionalización: «*Pensa-la historia é perde-lo fogar, renunciar a posuír un lugar propio co que poidamos identificarnos, xa que, ó fin e ó cabo, ó habitalo situaríamonos nun saber que se identifica*

[5] *Pensa-la Historia*, p. 123.

[6] *Cf.* el ensayo «Narrar, explicar, pensar», en: *Pensa-la Historia*, pp. 109-126, especialmente pp. 123 y ss.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

con nós mesmos. Pensa-la historia significa ser conscientes de que existe unha realidade histórica, á que pertencemos, da que dependemos e que só parcialmente podemos tentar aprehender. Pensa-la historia significa renunciar á omnipotencia do pensamento e deixar de crer que con el podemos captar plenamente a realidade»[7]. Pensar la historia, en definitiva, es asumir una búsqueda sin término, en la que se relativiza todo lo que estos saberes pueden aportar al desarrollo del conocimiento humano.

Bermejo realiza una labor de asunción de la dimensión teórica de la historia, labor que a su juicio no sólo puede ser considerada como algo conveniente y útil para mejorar la calidad de las producciones historiográficas, sino que también podría ser un imperativo, con el fin de evitar que la historiografía se cosifique y cumpla únicamente una función ideológica, que es la que las sociedades contemporáneas le han asignado tradicionalmente. En este sentido, Bermejo asegura que si partimos de una concepción democrática de la vida política, el ciudadano, además de tener un conjunto de deberes que lo definen como súbdito, al servicio de su patria en la paz y en la guerra, por medios económicos o con servicios personales, también debería poseer unos derechos que tendrían que ser salvaguardados por el poder político. Y uno de esos derechos sería precisamente «*o de poder desenvolver unha visión crítica e racional da propia orden política na que vive, visión que lle permita xulgala e tentar cambiala mediante unha serie de mecanismos que van desde o voto ata os procedementos xudiciais, pasando polo desenvolvemento da libertade de expresión e asociación*»[8].

Por lo tanto, tenemos que para Bermejo la labor del historiador, además de desarrollarse en el ámbito ideológico y reificador, debería asumir un componente crítico o deconstructivo, que permitiría a los ciudadanos analizar y juzgar críticamente la realidad social y política en la que viven. Para que todo esto sea posible, el historiador debería tener en cuenta en primer lugar que no existen certezas ni sistemas de verdades en historia totalmente asentadas ni indiscutibles. De facto, toda verdad y toda teoría debería ser revisada y discutida, y dentro de ese proceso sería necesario saber distinguir los argumentos de autoridad, que provienen del sentido común de las comunidades científicas de los historiadores, de las eviden-

[7] *Pensa-la Historia*, p. 125.
[8] *Pensa-la Historia*, p. 144.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

cias racionales. En este sentido, el análisis de esas comunidades sería labor obligada por parte de los historiadores, pues ellas, en cierto modo, serían los instrumentos de observación que condicionan la percepción de la realidad.

Pero a esa formulación crítica, unida al análisis institucional de la corporación de los historiadores, deberá añadírsele una nueva axiología: la historia que propone Bermejo no se limitaría a reproducir y exaltar los valores de una sociedad determinada, como ha sucedido siempre, sino que trabajaría a partir de una nueva perspectiva ética, una perspectiva enraizada en los valores morales de validez universal, en la que se pensaría que «*o ben e o mal están por igual presentes no devir histórico [e] na que o ben non debe ser considerado como o natural no home e na historia, senón como un logro, como unha conquista fráxil e nunca ou case nunca acumulativa*»[9].

En efecto, Bermejo considera que sólo hay un terreno en el que se pueden establecer verdades de validez universal: el terreno de la ética. En él, las verdades no se refieren a los hechos, como las supuestas verdades históricas, sino a los valores, al mundo del deber ser. Es a partir de él como podremos desarrollar una fundamentación de la historia que no necesite presupuestos ontológicos, pero que tampoco caiga en el relativismo. Si queremos percibir el mal, asegura Bermejo, tendremos que poder distinguirlo del bien, y por tanto disponer de un criterio que nos permita discriminarlos. Ese criterio será un criterio ético, que es el que le da sentido a la labor del historiador, ya sea para reafirmar los valores morales de la sociedad en la que vive, o bien para poder confrontarlos con otros sistemas de valores históricamente constituidos y con un posible sistema de valores morales de carácter universal. «*É a partir dese sistema como o historiador pode desenvolver unha actitude crítica, que lle permita non agocha-lo mal, senon poñelo de manifesto, non reproduci-los mecanismos de poder senón sacalos á luz, e non aspirar a se-la voz que enuncia unha realidade racional, cargada de senso, superadora das contradiccións, que outorga identidades individuais e colectivas, senón a facer patente cómo a realidade na que vivimos non é máis có producto dun fráxil equilibrio*»[10].

---

[9] *Pensa-la Historia*, pp. 57-58.
[10] *Pensa-la Historia*, p. 205.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

Frente al relativismo, que, según Bermejo, podría dar origen a determinadas concepciones de raíz fascista, habría que alzar un dique de contención mediante la asunción de ese conjunto de valores, y de ese mínimo de derechos, innegociables, de ese mínimo ético común sobre el que se puede y se debe converger desde las posiciones diversas de un pluralismo razonable. De lo que se trata es de trazar con nitidez la línea de separación entre el prejuicio y ese juicio de valor válido que Bermejo asegura que, en determinados casos, no hay que dejar de hacer ante ciertas pautas culturales. Precisamente esas pautas respecto a las cuales tenemos motivos, y argumentos, para pensar que son, desde una perspectiva universalista, deshumanizantes, esto es, que implican una barbarie inhumana, destructiva para los humanos y disolutoria de toda pretensión justificable del sentido de sus existencias. En este sentido, Bermejo reivindica explícitamente la concepción rortyana de la defensa de los valores básicos de la democracia y de la asunción del sistema de los derechos humanos[11].

Solamente partiendo de una determinada opción moral y política es posible el conocimiento histórico. Esto no quiere decir, a juicio de Bermejo, que el conocimiento histórico sea esclavo de las morales o de las opciones políticas, sino que sin una postura política previa el conocimiento histórico no sería posible. Bermejo nos pone un par de ejemplos: sin una decidida postura moral en favor de los oprimidos y de los explotados, el marxismo como filosofía política y el materialismo histórico como disciplina no tendrían sentido, como tampoco lo tendría la historia nacional sin estar basada en una ética patriótica. Hasta ahora, en la mayoría de los casos, se esperaba de la historia que diese coartadas para justificar determinadas morales, desempeñando un importante papel ideológico. De lo que se trataría de ahora en adelante más bien sería de «*desmontar esas coartadas, de indicar que a historia pode xustificalo*

[11] El influjo de la obra de Richard Rorty en *Pensa-la Historia* es evidente, y ésta quizás sea una de las novedades respecto a anteriores obras de Bermejo, en donde su presencia era visiblemente menos importante. Sin embargo, Bermejo sigue sólo parcialmente sus postulados, y desde luego, su obra carece del «etnocentrismo liberal» que, al parecer, podría caracterizar a Rorty. En este sentido, *cf.* Elena Nájera, «Imaginación y relativismo. La apuesta narrativa de R. Rorty», en: Joan B. Llinares y Nicolás Sánchez Durá (eds.), *Filosofía de la Cultura*, Valencia, SHAF, 2001, pp. 447-451.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

todo, ou nou xustificar nada, e que a moral na historia non é un punto de chegada, senón un punto de partida»[12].

El historiador normalmente se enfrenta a tres sistemas morales a un tiempo. En primer lugar al de su propia cultura, en segundo lugar al de la cultura que estudia y en tercer lugar al sistema de ideas morales y de los valores humanos, que como tal nunca llegará a realizarse, pero al que debe aspirar como meta. Lo que no deberá hacer el historiador, a juicio de Bermejo, es rechazar un sistema moral que le es ajeno, ni asimilarlo forzosamente al suyo, como hacía en el caso de los imaginarios sociales, sino valorar y tratar de comprender el sistema que estudia, confrontado con el suyo propio, pero teniendo siempre como referencia ese otro sistema ideal. Partiendo de esa perspectiva, «*a historia pode axudar, mediante o seu ensino, a desenvolve-la capacidade dos cidadáns para formar xuízos morais, ademais de proporcionarlles informacións indispensables respecto do seu pasado e do pasado doutras culturas que lle son alleas, pero que están dotadas dos mesmos dereitos que a súa propia*»[13]. Se trata de proporcionar una serie de conocimientos, pero también de desarrollar una capacidad para criticarlos, no en sus fundamentos teóricos, lo que normalmente será difícil, sino en un sentido moral, valorando lo que ya Nietzsche llamó la utilidad y el prejuicio para la vida de los estudios históricos.

La historia, afirma Bermejo, aún tiene una opción que ofrecer: «*Podemos escribir e ensinar historia non dende a perspectiva ideolóxico-política, segundo a cal o saber histórico debe servir como xenealoxía dos valores do presente, senón dende unha perspectiva crítica*»[14]. En ella la historia es el saber de lo relativo, y no sólo porque toda la realidad histórica sea contingente, sino también porque el conocimiento de otras culturas y el conocimiento del pasado sirven para mostrarnos el carácter absolutamente contingente de nuestros valores. La historia ya no será así un discurso de reafirmación de nuestros valores, que se asocia estrechamente al intento de imposición de esos mismos valores sobre los demás pueblos y sobre todo en el caso de la historia europea, sino que sabrá apreciar

[12] *Pensa-la Historia*, p. 263.
[13] *Pensa-la Historia*, pp. 263-264.
[14] *Pensa-la Historia*, p. 284.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

otros valores, y enseñaremos a respetarlos, a aprender de ellos, y a confrontar los nuestros y los otros con los únicos que nos pueden servir de referencia: los valores éticos ideales.

La capacidad relativizadora de la historia será pues algo que se debería valorar enormemente. El trabajo de investigación y enseñanza de la historia puede así cumplir un papel moral de importancia fundamental para la sociedad del momento presente. De ahí que Bermejo afirme, categóricamente, que «*la historia se debe seguir a investigar e ensinar malia todo*»[15].

Afortunadamente, en la tarea dialógica, moralmente responsable y políticamente comprometida en la que la historia teórica bermejiana se juega su razón de ser, ya contamos con un trecho ya andado, a pesar de las amplias zonas de sombra que presenta el trayecto. Los que vamos reconociendo como «derechos humanos universales» nos aportan el horizonte de ese punto de vista moral que necesitamos y la concreción jurídica suficiente para hacerlos cada vez más eficaces en el plano político. La «historia teórica» hace bien si toma en serio la emergente cultura de los derechos humanos, continuando la batalla contra los prejuicios occidentalistas que lastran ideológicamente las políticas de derechos humanos que se deben acometer, y radicalizando esa cultura que es fuente de salud democrática y plataforma de confluencia universalista en cuanto a pretensiones de vida digna para todos. La «historia teórica», en cuanto a esos derechos humanos, puede convertirse en uno de los portavoces de los «derechos del otro» a cuya salvaguarda nos hallamos todos convocados –y cuya reivindicación ha de preceder a los derechos propios como fuente de su legitimidad– y de la prioridad de los derechos de los individuos, irreductibles a cualquier totalidad, de los que sólo derivadamente y en función de ellos se puede hablar de derechos colectivos o de derechos de las culturas.

Resta ahora la tarea de traducir en fórmulas operativas esa «historia» democrática, plural, abierta y ética que nos propone Bermejo, historia que resulta a todas luces menos fácil de realizar que de proclamar. A pesar de estas dificultades, el esfuerzo teórico de Bermejo habrá merecido la pena. *Pensa-la Historia* es una muestra más de la implacable indepen-

[15] *Ibíd.*

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es

dencia crítica de su autor, que reúne en este libro una serie de atractivos, audaces y sugerentes textos que bien podrían servirnos de ejemplos de la función liberadora del intelectual comprometido con su tiempo, empeñado en la defensa de los derechos humanos, la tolerancia y la crítica radical.

La lectura de *Pensa-la Historia* será un placer para cualquier lector con curiosidad intelectual.

Juan Ramón Goberna Falque

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://estudiosgallegos.revistas.csic.es